

CUADERNOS DEL CLAEH n.º 90
Montevideo, 2.ª serie, año 28, 2005-1
ISSN 0797-6062 Pp. 148-155

EL CIELO POR ASALTO. EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL (TUPAMAROS) Y LA IZQUIERDA URUGUAYA (1963-1972)

Hebert Gatto

Montevideo, Taurus - Santillana, 2004, 449 pp.

Sobre enajenación y revolución en el Uruguay de los sesenta

1. Hebert Gatto, abogado uruguayo nacido en 1939, se propuso en este extenso ensayo estudiar los primeros diez años de la historia del MLN-T —aquellos que comprenden su período formativo, preparatorio de la lucha armada, y la fase en que la implementó efectivamente hasta llegar a su derrota militar en 1972—, así como examinar su entorno político-cultural, y la «reciente producción bibliográfica sobre el primero».

Como se aclara en la introducción, la forma de acercamiento a este objeto de estudio no tiene pretensión de objetividad, tampoco de cientificidad: «[...] este trabajo no pretende fundarse en una perspectiva objetiva, basada en el ojo de Dios [...] ni presume partir de la relativa asepsia de una investigación científica, lo que está lejos de sus propósitos» (pp. 24-25).

Esta no es la obra de un intelectual alejado de la vida política. Aunque nunca ha sido un político profesional, sino más bien un político ideológico o programático, su pertenencia partidaria no es de las que transitan en la baja visibilidad. Desde su ya lejana participación juvenil en el Partido Socialista, pasando por activa militancia en el Partido por el Gobierno del Pueblo, hasta su actual pertenencia al Partido Independiente, a cuyo nombre ha sido columnista del semanario *Búsqueda* y de cuyas listas de candidatos en las

últimas elecciones nacionales formó parte, ha tenido una larga trayectoria política. Entre 1986 y 1989 fue, desde las páginas de *Zeta* y de *Cuadernos de Marcha*, uno de los protagonistas principales del debate, que culminó con la ruptura de la emblemática unidad de la izquierda en los meses previos a la elección de 1989.

A pesar de su profusa producción periodística en revistas y semanarios nacionales, solo registraba un antecedente bibliográfico: una reflexión sobre el régimen de gobierno parlamentario incluido en un libro editado junto a su esposa, la historiadora Ivette Trochon, en 1989. *El cielo por asalto* es, por tanto, su primer libro.

El cielo por asalto está prologado por Kimal Amir —un ex tupamaro que ya no pertenece a las filas de la izquierda, sino a las del Partido Colorado, aunque dice no renegar de las decisiones que lo llevaron a enrolarse en el MLN en los sesenta y pertenecer a él hasta abandonarlo en 1975— quien enigmáticamente señala que el ensayo de Gatto pone luz sobre «[...] un pasado que se proyecta con inquietantes nubarrones, no solo sobre nuestro presente, sino que amenaza seguir constituyendo una traba poderosa sobre nuestro futuro» y augura, en una afirmación que no aclara si refiere al pasado o al futuro inmediato, que el libro contribuirá a renovar «[...] el espíritu crítico de los uruguayos, único antídoto contra los falsos mesías y los difíciles tránsitos por donde a veces tiene que atravesar la democracia» (p. 20).

En la introducción Gatto no solo esgrime los motivos que lo llevaron a escribir el libro, delimita su objeto de estudio y su relación con él, sino que además expone las bases de su actual pensamiento político, marcado por una visión desencantada de los postulados básicos del sentido común de la izquierda anterior a 1973: «[...] continúo creyendo en la igual dignidad de hombres y mujeres, aun cuando, [...] haya perdido toda ilusión sobre la sociedad de la abundancia, el hombre nuevo del discurso revolucionario o las utopías de cualquier signo [...]» (p. 24).

El cuerpo central del libro consta de cinco capítulos organizados en tres partes. En la primera se abordan las influencias del entorno internacional, la guerra fría y en particular la revolución cubana, sobre la intelectualidad uruguaya y el proceso por el cual esta se radicalizó en un progresivo alejamiento de los partidos políticos tradicionales, corriéndose hacia la izquierda, aunque sin inscribirse mayoritariamente en las organizaciones políticas existentes. A su vez, Gatto analiza la influencia que esta intelectualidad ejerció sobre un sector de la juventud al que activó políticamente en posturas crecientemente desencantadas de la política uruguaya hasta extremos de radicalización.

En la segunda parte de su libro, Gatto se aboca a la consideración de los componentes de la ideología tupamara. En este sentido, primero discute con quienes sostienen que el MLN habría carecido de un marco ideológico fuerte como orientador de su acción, contraponiendo su pragmatismo como una seña diferencial con otros partidos de la izquierda uruguaya. Para Gatto, el MLN tuvo una ideología clara y esta fue el marxismo-leninismo. De allí pasa a estudiar, uno a uno, los que a su juicio son los componentes principales de esa ideología tupamara, los fundamentos

doctrinarios, así como su escasa concreción en un programa de gobierno. Finalizando la segunda parte, Gatto dedica el capítulo cuatro a discutir el concepto de «guerra justa» (*jus ad bellum*) que en general los tupamaros y algunos autores afines a ellos utilizan para justificar el accionar guerrillero en el Uruguay de los sesenta.

En la tercera parte, Gatto analiza, por un lado, el discurso político de los tupamaros hasta 1972, básicamente a partir del análisis de documentos de la organización, y por otro, repasa y evalúa críticamente la producción bibliográfica sobre el MLN. Entre esta distingue la que denomina «literatura de las virtudes», producida desde adentro o en la periferia intelectual del propio MLN con el fin de validar su accionar, que en lo fundamental evalúa como una continuación posdictadura del discurso tupamaro antes analizado; y la «literatura científica», producida desde las ciencias sociales y la «ensayística emparentada con la historia», con pretensiones más abarcativas y mayores exigencias en términos de objetividad y revisión crítica.

2. Una de las dos hipótesis principales del libro refiere a la interpretación del fenómeno tupamaro como un emergente, una resultante, del clima intelectual del Uruguay de los sesenta. En esa época el alejamiento de los intelectuales uruguayos respecto a los partidos tradicionales y al Estado, iniciado tras la ruptura institucional del 33, habría llegado al punto extremo de su radicalización, de su vuelco a la izquierda, asumiendo, tras la revolución cubana y su magisterio, un posicionamiento precisamente revolucionario. El MLN habría sido, a su vez, la expresión más radical de este fenómeno, un resultado político concreto del proceso que se operó en el campo intelectual, el que, por ello, habría sido su verdadero o principal fundamento.

Según Gatto, tras la crisis del tercerismo —acicateado por el giro prosoviético de la revolución cubana— los intelectuales culminaron el proceso de configuración del clima político-cultural necesario para el surgimiento de la guerrilla. En el extremo de esta interpretación, Gatto asigna a estos intelectuales la responsabilidad en última instancia del desencadenamiento de la lucha armada, al tiempo que dispensa comprensión hacia las buenas y sanas intenciones de sus jóvenes discípulos:

La intelectualidad, la armada y la no armada, atosigada por sus códigos, deslumbrada por sus mitos, encerrada en un constante intercambio circular de mensajes donde emisores y receptores se confundían, tributaria de un mundo ideologizado que la cegaba con sus propios relatos, creyó que su modo de ver el país era el país mismo. Pensó que su cultura grupal, por más deslumbrante que ella fuera, era toda la cultura que el país contenía, o por lo menos la políticamente más relevante. Se convenció, desde sus elaboradas verdades, de que ella era la única apta para entender cómo la dinámica de la civilización y de la Guerra Fría incidían en el Uruguay. Pero, como muchas veces les ha ocurrido a los intelectuales y a sus seguidores, se equivocó gravemente, y en su error y apresuramiento arrastró a la muerte o a la cárcel a un conjunto de jóvenes solidarios y generosos a los que su prédica había preparado para el sacrificio. Seguramente lo mejor de su generación (p. 157).

Creo que Hebert Gatto, al atribuir tanta importancia a este factor, incurre en una exageración. Esta queda más expuesta cuando se utiliza la misma idea para, con un ánimo comprensivo y exculpatorio, reducir la responsabilidad de los verdaderos protagonistas de la lucha armada. Puede argumentarse en forma más abarcativa y convincente que lo que dio

origen al MLN fue la convergencia de un conjunto de militantes de izquierda, desilusionados por el fracaso electoral del PS, disconformes con la estrategia política y sindical del PCU, comprometidos con la organización de sectores del asalariado rural notoriamente excluidos del bienestar social, inspirados en el ejemplo revolucionario cubano y en la prédica crítica de una parte de la intelectualidad nativa. El reducido núcleo fundacional de militantes que adoptaron la estrategia guerrillera como vía de la revolución en Uruguay —el tema que preocupa a Gatto— provenía de organizaciones de izquierda de orientación marxista y confluyeron en el «Coordinador», luego el MLN, con la intuición o la convicción de que ese camino debía ser explorado. Resulta una transposición exagerada, al servicio de la construcción de su explicación, trasladar el mayor peso de la responsabilidad por la aparición de la lucha armada en Uruguay, desde el actor intelectual y material de los hechos (los tupamaros), a otro que, en todo caso, es un factor entre otros, que la promovieron o, al menos, crearon un ambiente favorable para su surgimiento.

3. Si, como acabamos de reseñar, en la primera parte del libro Gatto se propuso explicar el surgimiento del MLN, encontrando su fundamento en la trayectoria de la intelectualidad y en su magisterio, especialmente a partir de la adhesión acrítica a la revolución cubana, la segunda tiene una pretensión más bien descriptiva. Se dedica a identificar y analizar la ideología del MLN. Señala que ella tuvo existencia inequívoca, a pesar de las frecuentes visiones que suponen a los tupamaros como un movimiento ideológicamente inconsistente o ecléctico y sui géneris, todo lo cual Gatto rebate sosteniendo que fueron portadores del marxismo leninismo, filtrado por la

experiencia cubana y las teorizaciones sobre esta, sin incorporar ningún elemento original en el terreno estrictamente doctrinario.

Para Gatto el primer componente de la ideología del MLN es el marxismo-leninismo. Tras reconocer en el marxismo del siglo XX dos corrientes principales —la «científica» de filiación soviética y la «crítica»—, enmarca al MLN, revolución cubana mediante, en la vertiente más voluntarista y vanguardista de la última. El segundo fundamento lo encuentra en la adopción de la estrategia guerrillera (la lucha armada) como única forma posible para llevar a la práctica la concepción revolucionaria del cambio social. Se trata, en suma, de la identificación de guerrilla y revolución. En tercer lugar, la incorporación del foquismo como teoría y práctica de la revolución guerrillera, siguiendo por tanto, con la excepción del diferendo táctico en torno al carácter predominantemente rural o urbano de este, las formulaciones que realizara el francés Régis Debray, a partir de su estudio e interpretación de la revolución cubana.

El cuarto componente de la doctrina tupamara lo encuentra Gatto en el «socialismo del MLN». No se trata de una profundización del primer punto señalado, puesto que en el aquel se indaga en el marxismo-leninismo como marco general de interpretación de la historia, la sociedad y su transformación, mientras que en este apartado se considera el modelo de sociedad socialista que el MLN se proponía, decía proponerse y construir en caso de alcanzar su objetivo de tomar el poder por la vía armada. La conclusión de Gatto es que tampoco en este plano el MLN fue original, sino que compartió en líneas generales la concepción socialista propia del sesentismo. Termina este apartado con una afirmación muy fuerte sobre el iluminismo o el vanguardismo que le imputa a los tupamaros, lo mismo que a los leninistas en general:

[...] la arrogancia de sus convicciones no admitía matices. Hablaban en nombre de la razón y de los sin voz, pero cegados por una emoción pura y sin cauce. En ese desprecio por las circunstancias radicó su error político básico: el síndrome de los iluminados; por definición muchos más obstinados que los hombres y mujeres comunes (p. 265).

En quinto y último lugar, antes de ingresar en el análisis de los elementos más bien programáticos, Gatto se detiene en el componente nacionalista de la doctrina del MLN. Repasa el recorrido que, haciendo uso intensivo del revisionismo histórico, llevó a la formulación del «socialismo nacional», conciliación del viejo nacionalismo conservador y del socialismo revolucionario otrora enfrentados, de la que los tupamaros, entre otros, se hicieron cargo. Gatto considera que el nacionalismo, en su versión «étnica» o «cerrada», afín al nacionalismo que los blancos habían cultivado en Uruguay, fue la clave de la estrategia del MLN y de su apuesta, frustrada, para conquistar el apoyo popular.

Gatto se pregunta «en qué medida las claves temáticas de la ideología del MLN se reflejaron en sus propuestas de gobierno» (p. 207), adelantando que «revolución y nacionalismo [...] surgen como las claves más claramente delineadas de su programa de gobierno» (p. 308). De todas formas, el MLN no habría expuesto un verdadero programa como fundamento de la lucha guerrillera: «leídos hoy [...] sus documentos más se asemejan a manifiestos estudiantiles [...] que a un verdadero programa de gobierno, por más parco que se lo conciba» (p. 310). Esta «terrible orfandad programática» (p. 309) se explicaría, en última instancia, por el hecho de que «el MLN se proponía la reforma moral de la sociedad y para esa finalidad trascendente no resultaban pertinentes las minucias de un programa de gobierno [...]» (p. 319).

Cerrando la segunda parte del libro, el capítulo cuarto aborda la cuestión de «la guerra justa». Gatto sostiene que la situación política del Uruguay de los primeros años sesenta —y aún de los años posteriores, previos a 1973— no justificaba el recurso a la vía armada en contra de las autoridades y las instituciones políticas de la época. Por otra parte discute el frecuente y bastante inverosímil argumento según el cual el MLN habría nacido como reacción defensiva frente a las amenazas autoritarias a la democracia: «el objetivo del MLN fue el socialismo, que pretendió imponer con la fuerza de las armas cualquiera fuera, institucionalmente hablando, el régimen político al que se enfrentaba» (p. 351).

A mi juicio, el énfasis que Gatto pone en la primera parte del libro en la cuestión ideológica y en la importancia del factor intelectual en la génesis del MLN, tiene directa relación con esta otra hipótesis fuerte que se plantea en su segunda parte: en Uruguay no había condiciones (sociales, económicas, políticas y hasta culturales) para que la lucha armada tuviese apoyo popular y pudiese ser exitosa: una sociedad integrada y amortiguadora, un Estado que había extendido el bienestar a amplias capas de la población, un sistema político democrático pluralista, duradero y estable. En la primera mitad de los sesenta, las manifestaciones de crisis económica y deterioro social no habían puesto en cuestión la legitimidad política tan firmemente asentada. Al no reconocer elementos de la realidad económica, social y política que justificasen la lucha armada, Gatto recurre a la ideología y al mundo intelectual para explicar por qué, a su juicio, pudo de todas formas emerger la guerrilla en el Uruguay de los sesenta.

Esto es lo que hace cuando profundiza con gran erudición en los fundamen-

tos doctrinarios del MLN y establece, a contracorriente de otras opiniones, que los tupamaros se inscribían en el marxismo-leninismo, en la vertiente más vanguardista y voluntarista de este, influenciada por la revolución cubana y el foquismo. También cuando discute el recurso al *jus ad bellum* para justificar la guerrilla como «justa guerra» contra un gobierno ilegítimo cuando, en verdad, en Uruguay la lucha armada se preparó a comienzos de los sesenta con el objeto expreso de derribar un gobierno legítimo, aunque se argumente —como hacen algunos dirigentes tupamaros en una inverosímil reconstrucción histórica *a piacere* de la conveniencia política del momento— que su objetivo no era derribar la democracia «burguesa» sino defenderla, lo cual niega un argumento central esgrimido en el pasado para tomar las armas.

En ambos casos, Gatto completa así su razonamiento relativo a la ausencia de condiciones y justificaciones para la lucha armada, señalando que la irrupción de los tupamaros solo fue posible, y a la vez estaba condenada al fracaso, por su extrema ideologización y radicalización. Esta les habría enajenado de la realidad, permitiéndoles creer, de la mano de sus maestros intelectuales, que lo imposible era, en verdad, posible. El razonamiento es, desde ese punto de vista y sujeto a su propia lógica, consistente. Pero solo lo es si se asumen tales supuestos acerca de las condiciones socioeconómicas, políticas y culturales del Uruguay de los sesenta. El problema es que en este libro, lo mismo que en otros casos en que ha incursionado en ese tipo de explicación, dichos supuestos no son demostrados. Apenas se pasa revista a ciertos atributos e indicadores de la realidad nacional para concluir la inexistencia de condiciones, de justificaciones, de posibilidades. A algunos

investigadores de mi generación (que no vivimos esa época pues nacimos a fines de los sesenta o comienzos de los setenta) esa repetida imagen del Uruguay de la posguerra, que habría ingresado a los sesenta con algunas dificultades que no llegaron a alterar sus rasgos esenciales, ya nos empieza a resultar como excesivamente edulcorada. Y eso nada tiene que ver con que se justifique o no el recurso de la lucha armada. Lo que está en discusión por parte de Gatto y quienes comparten su línea interpretativa no es solo la justificación, sino también la explicación del origen y fracaso de la guerrilla a partir de la existencia o no de condiciones para ella.

En esto puede estar sucediendo algo similar a lo que pasó en los noventa, cuando angustiados y urgidos por las perspectivas de la consolidación democrática y el alejamiento definitivo del fantasma dictatorial, se realizaron, desde el ámbito político y también desde el académico, diagnósticos excesivamente optimistas del funcionamiento del sistema político posautoritario y su capacidad para gestionar ciertas reformas consideradas necesarias. Con la democracia predictadura puede estar sucediendo lo mismo. Por rescatar sus virtudes frente al régimen autoritario que le sucedió, se puede estar cayendo en una sobrevaloración positiva hasta el punto de que termine —no digo que Gatto lo haga, más bien creo que no suscribiría este extremo— mostrándonos que todo, o lo fundamental, estaba lo suficientemente bien como para no dejar margen a movimientos contestatarios radicales, salvo que estos se enajenasen de la realidad, hasta negarla a fin de justificar su proceder, creándose una realidad a medida, imaginada desde la ceguera del fanatismo.

4. En la tercera y última parte del libro, tras dedicar un apartado al análisis del discurso

tupamaro como un elemento clave en la configuración de su identidad y de su estrategia política, se pasa revista a la literatura sobre el MLN, producida fundamentalmente a partir de 1985. Como bien señala Gatto, ya hay una abundante bibliografía sobre el tema, la mayor parte de ella de carácter testimonial, realizada desde adentro de la organización o desde sus círculos de influencia más cercanos, y la menor parte, ensayos de análisis crítico, realizados desde afuera, con alguna pretensión si no de objetividad, al menos de alteridad, con independencia de su carácter académico y su inscripción institucional. A este segundo grupo más reducido viene ahora a sumarse el libro que es objeto de esta reseña. ¿Cómo ubicarlo en relación a los de Clara Aldrichi y Alfonso Lessa,¹ que le son contemporáneos y que comparten esas características? ¿Cuáles son sus acuerdos y disensos?, ¿cuál es su aporte específico?

Si se toma como un primer elemento de discriminación, las explicaciones que cada uno formula para dar cuenta del surgimiento de la guerrilla en Uruguay, evidentemente Gatto y Lessa comparten un mismo criterio que los distingue de Aldrichi. Ambos creen que el MLN surgió como repercusión local de influencias externas, entre las que la revolución cubana y su prédica revolucionaria antiimperialista y socialista, tercermundista y latinoamericanista, es el factor decisivo. En cambio, Aldrichi explica el fenómeno básicamente en función de factores internos vinculados a la crisis económica y social y a una temprana y anunciada amenaza autoritaria. El aporte específico de Gatto en esta materia es el señalamiento de la importancia que la radicalización experimentada por la intelectualidad uruguaya en la posguerra habría tenido al generar un clima cultural de hostilidad hacia la política tradicional

uruguay y, más en general, hacia el sistema político y sus instituciones democráticas, creando el ambiente cultural —el «sesentismo»— del que emergió la alternativa guerrillera y su expresión organizada, el MLN-Tupamaros.

Un segundo criterio de comparación refiere a cómo estos autores explican ya no el origen del MLN, sino las causas de su derrota político-militar en 1972. También Gatto se afilia a la hipótesis de Lessa, que confronta con la posición de Aldrichi. Para esta última, la derrota de los tupamaros puede explicarse por los errores—excesos, desviaciones, imprevisiones— que estos habrían cometido en los meses previos a su virtual desmantelamiento. Para Gatto, lo mismo que para Lessa, la causa era anterior e irresoluble: las condiciones socioeconómicas del Uruguay en la posguerra, la situación y la cultura política no justificaban, no admitían ni hacían pertinente ni viable, la reinstalación de la lucha armada como forma de lucha política. Este es el presupuesto más básico que Gatto comparte con Lessa en oposición a Aldrichi: la lucha armada ni se justificaba ni era viable. Estaba condenada de antemano al fracaso por la falta de condiciones y de razones. Dentro de esta misma forma de mirar el asunto, se reconoce como aporte específico de Gatto una distinta ponderación de esos factores, puesto que asigna mayor importancia a los de tipo cultural (la cultura política uruguaya, amortiguadora y dialogal), mientras que para Lessa la imposibilidad de la revolución tupamara se fundaba más bien en factores estructurales (el mejor desempeño económico relativo y, sobre todo, el mayor bienestar social del Uruguay en el concierto latinoamericano). A falta de condiciones locales, el surgimiento del fenómeno tupamara se habría producido por la enajenación respecto de la realidad

(Gatto) o por la influencia de la tormenta revolucionaria cubana (Lessa).

En tercer lugar, hay entre estos tres libros diferencias en cuanto a la selección y uso de fuentes. Según creo, ello tiene relación con los alcances académicos y con los ámbitos institucionales en que cada uno de los autores desarrolla su trabajo. El de Aldrichi es un ensayo histórico, resultado de una investigación académica realizada en el ámbito del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, bajo la supervisión del profesor José Pedro Barrán. Trabaja sobre la base de información obtenida a partir de la revisión de tres tipos de fuentes: prensa de época, documentación tupamara, y testimonios de miembros de la organización. El de Lessa, en cambio, aunque fue terminado como tesis para obtener una maestría académica en ciencia política con la tutoría del profesor Gerardo Caetano, es básicamente un ensayo periodístico muy documentado a partir de la consulta de fuentes escritas (militares y tupamaras), e incorpora además numerosos testimonios recabados mediante entrevistas especialmente realizadas para el libro. El trabajo de Gatto no responde a filiación disciplinaria o inscripción institucional alguna, sino a las preocupaciones de un intelectual comprometido políticamente, que desde su especialización en teoría y filosofía políticas, pretende explicar el fenómeno tupamara. Recurre para ello básicamente a la revisión bibliográfica tanto de la literatura teórica como testimonial y, en menor medida, al análisis documental.

Por último, un cuarto criterio de discernimiento para la ubicación del libro de Gatto refiere a su posicionamiento frente al objeto de estudio. El autor de *El cielo por asalto*, por más que expone una

visión comprensiva hacia los tupamaros —jóvenes idealistas, equivocados pero bien intencionados— es no solo un observador externo que declara no haber tenido nunca empatía con el MLN, sino además un severo crítico de este, posicionado desde un fundamento democrático-liberal. Por eso el libro es, al mismo tiempo, una interpelación, una discusión con lo que él denomina «literatura de las virtudes», esto es, aquella que, desde el testimonio o desde el análisis académico o semiacadémico, tiende a la justificación y a la exaltación del fenómeno tupamaro y sus protagonistas. Allí inscribe al trabajo de Clara Aldrighi, ex militante tupamara cuyo libro trasunta —esto corre por mi cuenta— una evidente simpatía hacia la experiencia armada del MLN. En cambio, este ensayo de Gatto, lo mismo que el de Lessa, se ubica en la vereda de enfrente. En particular, Gatto insiste en el cuestionamiento a la supuesta «justicia» de la guerra que el MLN pretendió haber desatado, y funda su crítica en el carácter democrático del sistema político uruguayo y en la amplia legitimidad que los ciudadanos le conferirían en la época en que los tupamaros decidieron y diseñaron su estrategia guerrillera como vía de acceso al gobierno. Gatto no incurre en el frecuente extremo de imputar al MLN la responsabilidad exclusiva o fundamental del desenlace autoritario de 1973: en la introducción señala que «[...] ese temprano desafío, mucho más ilusorio que real, fue recogido a poco andar por quienes sí tenían efectivo poder para arrasar a democracia» (p. 24). Pero, si relativiza la responsabilidad del MLN, no lo exonera totalmente de ella: en el epílogo, el libro se cierra expresando que los tupamaros «sin quererlo —o queriéndolo a medias— contribuyeron al largo ocaso de las instituciones y al dolor y a la vergüenza que siguieron» (p. 425).

Desde ese posicionamiento crítico, de raíz democrático-liberal y fundamentos éticos acerca de la convivencia política, *El cielo por asalto* constituye un aporte al conocimiento, la reflexión y el debate sobre este asunto del pasado reciente uruguayo. En particular, sobre los fundamentos doctrinarios y las referencias ideológicas del MLN, analizados en estrecha vinculación con el itinerario del pensamiento socialista y revolucionario universal y el de una parte de la intelectualidad uruguayo en la segunda posguerra, cuya responsabilidad es severamente señalada. En verdad la crítica planteada en este libro trasciende ampliamente la revisión de la experiencia tupamara. A partir de ella, tiene un alcance mucho más general, que llega a interpelar extensamente al marxismo y al leninismo así como a sus numerosas combinaciones y variantes. Por ello, buena parte de las páginas, partiendo del análisis del caso, derivan en reiteradas ocasiones hacia nutridas consideraciones sobre los fundamentos doctrinarios, con abundantes enumeraciones de autores, libros, asuntos y debates, y traza un largo recorrido antes de volver a poner el foco del texto sobre el caso en cuestión. De allí que la lectura resulte por momentos tediosa y requiriera del lector constancia y complicidad en la causa, para proseguir con éxito el propósito que lo guía, transitando por intrincados devaneos teóricos y filosóficos, hasta llegar, sin hacer trampa —que, de todas formas, en un par de ocasiones el autor autoriza haciendo advertencias respecto a que tal o cual sección solo interesará a cierto tipo de lector—, al breve y sintético epílogo de este interesante ensayo sobre la experiencia guerrillera del MLN, la primera etapa de la historia de los tupamaros, una historia que se prolonga con inesperado protagonismo en la política uruguayo actual.